

Voces y actitudes tras el 15M, una perspectiva transnacional y multidisciplinar¹

Raquel VIDAL RUIZ

Universidad de Málaga, España

rvidal@uma.es



Cuando una crisis económica global golpea a una población aún influida por marcos culturales heredados de un periodo de dictadura, presionada por la austeridad, y bajo unas instituciones obsoletas, podría ocurrir que el miedo o la incertidumbre se apoderaran de esta y se diera la receta perfecta para la inacción política. Sin embargo, este no es el contexto en el que se desarrollan *El descontento movilizador* y *Translating the Crisis*, dos interesantes trabajos de carácter multidisciplinar que nos acercan al ciclo de protesta inaugurado por el 15M a través del estudio de actitudes y narrativas, y de su relación con los procesos de movilización acontecidos en un contexto globalizado.

En el primero, María Jesús Funes, Ernesto Ganuza y Patricia García-Espín, junto al resto de su equipo, desarrollan un estudio de grupos de discusión sobre las opiniones, emociones y discursos en política que tuvieron lugar entre 2011 y 2013, con el objetivo de conocer su relación con el apoyo a las protestas y profundizar en las propuestas hacia una mejor gestión política. En el caso del segundo, Fruela Fernández realiza un análisis del lenguaje activista de este ciclo hasta la irrupción de Podemos en las instituciones, así como del papel que jugó la traducción en este clima de conflictividad global, mediante entrevistas, textos, análisis descriptivos, e incluso experiencias personales que contribuyen a enriquecer su trabajo.

¹ Este ensayo bibliográfico se ha elaborado a partir de la reseña de la obra de María Jesús Funes, Ernesto Ganuza y Patricia García-Espín (eds.) *El descontento movilizador. Cultura y discursos sobre la política en un marco de crisis (2011-2013)* (2020, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 230 pp.), y de la obra de Fruela Fernández *Translating the Crisis. Politics and culture in Spain after de 15M* (2020, Routledge, 180 pp.).

Ambas investigaciones son reflejo del proceso de apertura y renovación experimentado en la investigación social, lo cual se observa, primeramente, en las dimensiones de análisis abordadas. Frente a la limitación al estudio de recursos y estrategias característica de la teoría clásica de la acción colectiva, se integra, por una parte, el estudio de la cultura y del lenguaje en la práctica política, que había sido tradicionalmente relegado. La incorporación del análisis del discurso al estudio de los movimientos sociales resulta especialmente interesante para resolver incógnitas sobre la interacción social de los actores en conflicto, y no es casualidad que su aplicación comenzara a generalizarse desde el mayo francés de 1968 al encontrarse estudiantes e intelectuales involucrados en un mismo espacio político (Torfing, 1999). Esta última particularidad se observa igualmente en el 15M, al cual se suma un contexto de crisis que añade interés a ambos trabajos, puesto que, como defienden los autores de *El descontento movilizador*, se trata de un escenario en el que los símbolos de identificación son sometidos a un importante cuestionamiento (Moscovici, 2000). Por otra parte, frente a la tradicional delimitación de la traducción a aspectos puramente lingüísticos o su desconsideración como forma de activismo, pese a sus múltiples funciones, Fernández logra establecer un vínculo novedoso entre los procesos de traducción y los movimientos sociales. Si bien algunos estudios previos habían abordado esta relación, la globalización de los conflictos, la participación del autor en los procesos de movilización y la combinación de diferentes estrategias de análisis, entre otros aspectos, diferencian este trabajo de otros anteriores.

La Transición es abordada en ambos estudios como un marco interpretativo influyente en la reacción hacia la crisis económica y política que estaba teniendo lugar. Aunque en *El descontento movilizador* hay participantes que recuerdan este evento con nostalgia, bien por la actitud dialogante de los dirigentes políticos, o bien por los procesos de movilización acontecidos entre 1978 y 1986; otros lo perciben negativamente, por la actitud conciliadora y pactista de los políticos.

No obstante, en *Translating the Crisis* este fenómeno es interpretado, no como un rechazo al pasado, sino hacia la narrativa dominante, y así lo precisa Fernández relatando numerosos sucesos en los que esta añoranza del pasado se articula con la necesidad de renovación. El boom editorial de clásicos sobre economía y política, la recuperación y resignificación de conceptos, así como el uso de formas de organización y acciones políticas características de los movimientos tradicionales son algunos de los ejemplos de este vínculo, que recuerda además a la noción de poder acumulativo de Tarrow (1994). De acuerdo con este, los actores en conflicto repiten en el curso de la acción elementos de movimientos previos, a la vez que construyen los movimientos actuales sobre las dinámicas del pasado, como reflejan igualmente los numerosos relatos críticos hacia la Transición redactados en este ciclo.

Por consiguiente, aunque la cultura de la Transición habría generalizado temporalmente actitudes acríicas y pasivas hacia la política, este acontecimiento no acaba generando

vínculos identitarios fuertes, y queda relegado a un mito en deterioro, según la percepción de numerosos participantes de *El descontento movilizador*. La cultura de «no identificación» desarrollada en el 15M (Castells, 2012:130) podría interpretarse pues como el rechazo a aquel discurso dominante del pasado y, en numerosos casos, como la necesidad de nuevos referentes e ideas con las que poder identificarse. Si bien la existencia de experiencias compartidas en el pasado puede contribuir a la conformación de una identidad colectiva, las identidades se ven más reforzadas con el uso de recursos y experiencias comunes para lograr objetivos y aspiraciones compartidas (Hall y Gay, 1996). Además, este proceso de identificación política puede desencadenarse por ambivalencia, es decir, definiendo un «nosotros» a partir de la distinción de aquello que no deseamos ser, como representa el disenso consensual descrito en *El descontento movilizador*: «estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo con la situación» (2020:150).

Sin embargo, el 15M no solo evoca elementos de acontecimientos pasados, sino también de otros movimientos transnacionales, dado que la globalización de las actividades económicas, la inestabilidad y flexibilidad, o la cultura virtual, entre muchos otros factores (Castells, 2012), provocaban que las trágicas consecuencias del capitalismo se hicieran sentir a escala global. Por consiguiente, el descontento generado en Túnez o Egipto se extendió rápidamente a Occidente, viéndose acelerado por la renovación del repertorio de acción colectiva a través del uso de la tecnología y la traducción. Esta última, más allá de presentarse como una herramienta comunicativa, adquiere un carácter político-conceptual. Por un lado, la traducción permite incorporar o promover nuevos conceptos y prácticas activistas que intervienen en el desarrollo de la protesta, como la ocupación de plazas públicas. Por otro lado, este recurso proporciona la posibilidad de conectar los sucesos del pasado y del presente, a manifestantes y líderes, o el sentir de las calles y las instituciones, entre otros. Por último, Fernández explica cómo la propia disciplina experimenta un giro activista, a través de colectivos como Bable o mediante el trabajo militante, si bien esto desencadena un profundo debate en torno a un posible desprestigio de la disciplina en el que Fernández igualmente profundiza.

Además de los antecedentes ya mencionados, uno de los aspectos a mi juicio más interesantes de *El descontento movilizador*, es la posibilidad de profundizar en el núcleo de este ciclo político a través de un estudio de las emociones y opiniones que la ciudadanía tenía hacia la política, incluso antes de que se produjeran las manifestaciones del 15 de mayo. Su innovador análisis de emociones hacia la política revela la importancia de la frustración y de aquellas emociones que potencian la acción durante este ciclo. La visión de la situación política actual tiende a ser negativa según los autores. Sin embargo, esta no debe reducirse al desapego o la inacción, pues los grupos desarrollan igualmente propuestas en torno a la importancia de lo cotidiano, la cercanía o la espontaneidad de la acción política. Esto permite concluir cierta predisposición a la participación y, a pesar de las limitaciones en torno a la falta de confianza y agencia, esta parece ser deseada como horizonte normativo.

Asimismo, estos grupos de discusión se prolongaron hasta 2013, lo que permite analizar las actitudes de la ciudadanía ante la fase de descentralización y sectorialización del 15M, así como profundizar en el clima de protesta desde sus inicios hasta la *aparente* desmovilización. Como se muestra en *Translating the Crisis*, esta descentralización de la acción colectiva motiva un cuestionamiento de narrativas en torno a problemáticas que apenas habían recibido importancia, como la desigualdad de género o la crisis medioambiental. Este cuestionamiento, al que se añade un giro autorreflexivo (Giddens, 1998) del movimiento y los múltiples procesos de traducción desarrollados, ha permitido incorporar nuevas prácticas políticas, como la proliferación de centros sociales autogestionados; nuevas reivindicaciones, como las realizadas ante el rol de las mujeres en los cuidados, y, especialmente, la emergencia de narrativas alternativas, como las críticas al progreso o al decrecimiento.

El clima de *aparente* desmovilización de esta fase radicaría, por tanto, en una movilización sostenida y en cambios en la percepción de la protesta resultantes de las transformaciones realizadas en el seno del movimiento desde 2013, como reflejan los resultados de los grupos de discusión. Parecería que nos aproximáramos a la sociedad de movilización permanente reflejada en los trabajos de Tarrow (1994), pues los cambios cualitativos desarrollados dentro del clima de protesta habrían permitido reducir el sentido negativo asociado a los movimientos sociales, así como extender la protesta. En este sentido, las implicaciones de la traducción para la universalización de los repertorios de acción colectiva, así como en el desarrollo de comunidades globales y movimientos transnacionales que fortalecen el movimiento, resultan fundamentales.

Por último, numerosos participantes de los grupos de discusión destacan la función asistencial del Estado, a la vez que demandan canales de participación alternativos. Se observa en ellos una implicación de carácter pasivo y la necesidad de ser escuchados, aunque siempre bajo representantes cualificados y con un elevado sentido de la ética y la vocación, lo cual podría derivar, como acertadamente auguran los autores de *El descontento movilizador* en una representación de carácter aristocrático.

En este sentido, obras como *Translating the Crisis*, que profundiza en el periodo posterior al movimiento 15M y en la institucionalización del movimiento, nos permiten contrastar si las expectativas de la ciudadanía en el periodo de 2011-2013 se tradujeron en la práctica política. Ante esto, Fernández defiende que efectivamente se desarrolla un cambio en el sujeto político con el surgimiento de Podemos, como se refleja en la traducción de esta denominación desde el «sí se puede» de las calles, con el objetivo conectarlas con las instituciones. Los fundadores del partido, al igual que numerosos académicos, subrayaban la importancia de la traducción en los procesos políticos, pues esto permitiría establecer una inteligibilidad compartida, como demandaban los participantes de los grupos de discusión en *El descontento movilizador*. Por consiguiente, tanto el armazón ideológico del partido como su presencia pública se encontrarían altamente in-

fluidos por los desarrollados en otras partes del mundo, como el Movimiento al socialismo en Bolivia o las interpretaciones de Gramsci de Laclau y Mouffe (2015).

Las bases para la creación de un proyecto político que respondiera a las demandas de la ciudadanía estaban sentadas, así como las herramientas conceptuales para conectar el movimiento con las instituciones. Sin embargo, las omisiones, calcos y falsos amigos se apoderaron en diversas ocasiones de la dirección del partido. La estrategia populista, que resultó en una profunda ambigüedad con los movimientos *alt-right*; la traducción de nacional-popular o patria, que recordaba a la narrativa dominante del pasado con la que se deseaba romper; o el distanciamiento intelectual de las bases, que resultó en un flujo unidireccional en el partido y en aquella representación aristocrática anunciada por los autores de *El descontento movilizador*.

Como conclusión, frente a otros estudios sobre el 15M, *El descontento movilizador* establece las bases para comprender aspectos subjetivos que resultan especialmente relevantes para dilucidar algunos de los sucesos que ocurrieron posteriormente, como la irrupción de Ciudadanos o la debacle electoral de Unidas Podemos. Conocer las opiniones y los marcos culturales en los que se ubica la ciudadanía resulta fundamental para profundizar en su comportamiento político, así como para realizar traducciones adecuadas que permitan conectar con el movimiento. En este sentido, frente a la escasez de trabajos sobre la relación existente entre la traducción y la política, *Translating the Crisis* revela y desgana este vínculo con numerosos ejemplos, mostrando a su vez la interconexión de los diferentes procesos de movilización, con independencia del momento o el lugar en que se desarrollen. Se trata de un trabajo relevante, innovador e inspirador especialmente para sociólogos, traductores, activistas o investigadores que abordamos el estudio de la acción política. Por último, los autores realizan interesantes y enriquecedoras reflexiones acerca de las propias disciplinas, y reflejan la necesidad de la multidisciplinariedad en el estudio de los movimientos sociales, ya señalada por autores como Mees (1998), quien apela a la colaboración de todos los científicos sociales ante la separación entre los sociólogos e historiadores que abordan los movimientos sociales.

Del mismo modo en que los crímenes, la censura y la miseria padecidas por la población durante la dictadura no silenciaron a la ciudadanía a principios de los años ochenta, la cultura de la Transición y la actitud conciliadora de los dirigentes tampoco consiguieron aplacar a los indignados. En la actualidad, la lumbre del 15M sigue incandescente mientras el descontento sigue avivándose bajo la superficie, y aumenta con los crecientes procesos de globalización, como revela la solidaridad internacional ante recientes conflictos como el movimiento *black lives matter*. Los estudios presentados reflejan algunas de las lecciones que nos ha dejado el 15M, las cuales nos permiten aproximarnos al conocimiento del movimiento y contribuir a su poder acumulativo.

Frente a la defensa del fin de las narrativas que proponen autores como Lyotard (1991) y sus continuadores, se ha demostrado la importancia de los marcos y experiencias co-

munes para lograr un objetivo compartido en un escenario de conflicto. Por tanto, la conexión de las prácticas políticas y las ideas de los activistas resulta fundamental para el desarrollo de los movimientos sociales, si bien, en ocasiones, se incurre en una tendencia hacia la consideración de las narrativas como construcciones que se anteponen y supeditan la realidad. Con frecuencia, esta premisa conduce a la defensa de políticas alejadas del sentir general y, por tanto, a incurrir en errores de traducción. Consignas como «no somos mercancía de políticos y banqueros» reflejaban una actitud rupturista y contestataria que no suele mostrarse en trabajos sobre el 15M, ni emplearse para una traducción política eficaz. La evaluación de estos significados en el discurso político, como refleja la prosodia semántica, revela la influencia de las actitudes e ideologías en las interpretaciones de una comunidad dada (Morley y Partington, 2009). Como consecuencia, resulta necesario reflexionar, como Fernández en la introducción de su estudio, acerca del papel de la ideología en la investigación, y emplear las herramientas que esta nos proporciona para acercarnos a la realidad.

Referencias bibliográficas

- Castells, Manuel (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Alianza.
- Fernández, Fruela (2020). *Translating the Crisis. Politics and culture in Spain after de 15M*. Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003105121>
- Funes, María Jesús; Ernesto Ganuza y Patricia García-Espín (eds.) (2020). *El descontento movilizador. Cultura y discursos sobre la política en un marco de crisis (2011-2013)*. CSIC.
- Giddens, Anthony (1998). *Modernidad e identidad del yo*. Alianza.
- Hall, Stuart y Paul Gay (1996). *Cuestiones de identidad cultural*. Amorrortu.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2015). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Siglo XXI.
- Liotard, Jean-François (1991). *The Postmodern Condition: A report on Knowledge*. Manchester University Press.
- Mees, Ludger (1998). ¿Vino viejo en odres nuevos? Continuidades y discontinuidades en la historia de los movimientos sociales. En P. Ibarra y B. Tejerina (eds.), *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural* (pp. 291-320). Trotta.
- Morley, John y Alan Partington (2009). A Few Frequently Asked Questions about Semantic – or Evaluative – Prosody. *International Journal of Corpus Linguistics*, 14(2), 139-158. <https://doi.org/10.1075/ijcl.14.2.01mor>.
- Moscovici, Serge (2000). *Social representations: Explanation in social psychology*. Polity Press.
- Tarrow, Sidney (1994). *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*. Cambridge.
- Torring, Jacob (1999). *New Theories of Discourse: Laclau, Mouffe and Žižek*. Blackwell.